

CAPÍTULO 24

CORINTO: UNA TRAGEDIA IMPREVISTA

Informe Especial de conjunción de géneros publicado en la edición del periódico Utópicos de febrero-marzo de 2018, páginas 14 y 15.

Jamir Mina

Egresado FCyP

Periodista de El País

Universidad Santiago de Cali, Colombia

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-5800-1135>

✉ jamirbond8@hotmail.com

Reportaje

UNA TRAGEDIA PARA LA QUE NADIE ESTABA PREPARADO

Las botas de caucho se hundían completamente en el lodo. Caminar era difícil; ver el panorama, peor aún. Algunos trataban de sacar sus enseres envueltos en un barro café que olía a tragedia; otros, desconsolados, no podían detener el llanto al ver sus casas atravesadas por árboles; y unos más, como yo, estábamos perplejos sin poder unir los vocablos para hacer la primera pregunta.

Nada era como se podría imaginar, era mucho peor. El lodo, con alturas hasta de un metro con cincuenta centímetros, había convertido las calles en verdaderos pantanos.

Cómo citar este capítulo:

Mina, J. (2020). Corinto: una tragedia imprevista. En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 145-150). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

La gente introducía palas para remover lo que el río La Paila había arrastrado desde la parte alta de la montaña. Cuando atardecía, el martes siete de noviembre, una avalancha abrió considerablemente el caudal del afluente y depositó sus brazos sobre los barrios El Pedregal, La Playa y La Esmeralda, así como en las veredas La Cristalina, Carrizales, Miravalle, Danubio, El Silencio y La Capilla.

Hubo gente que alcanzó a evacuar y corrió por dos horas; aunque la avalancha ya no era amenaza, el miedo impulsaba sus cuerpos, y otros que no pudieron salir de sus casas soportaron la embestida de la naturaleza agarrados de las paredes, mientras rocas de hasta cinco metros de alto y árboles completos trataban de derribar lo que el hombre había construido con gran esfuerzo.

En varios puntos de esta sufrida tierra, que en el cercano pasado sufrió por los efectos del conflicto armado, 32 casas no aguantaron el hostigamiento (esta vez por parte de la naturaleza) y sucumbieron ante la avalancha.

Muertos, desaparecidos, heridos, cientos de lugareños sin hogar y la vereda Carrizales borrada, formaron una estadística de alrededor de 8.000 afectados.

Sin duda, era un panorama desalentador, que pude apreciar, con mis propios ojos, 13 horas después de la tragedia.

Los ojos de un reportero

Antes de llegar a Corinto imaginaba la escena: hacía planes para iniciar la reportería y hasta armé párrafos en mi mente para enviar el primer reporte antes de las 8:00 a.m. del miércoles, medio día después de la avalancha.

Cuando llegué, todas las estrategias se esfumaron, con cada paso mis botas se quedaban enterradas en el lodo, la gente trataba de entrar a sus casas y, mientras asimilaba lo que estaba viendo, yo no lograba encontrar la forma de hacer la pregunta inicial.

Era mi primera reportería en una tragedia; hasta me sorprendió mi designación para esta tarea. Sabía que estaba preparado para cubrir algo así, lo que no pensé fue que se presentaría antes de cumplir mis primeros diez meses como periodista de El País, el principal diario del suroccidente colombiano.

Miré, me asusté, respiré hondo y me lancé al lodo con unas botas de caucho prestadas por un compañero que calza seis tallas menos que yo. A pesar del dolor en mis pies, el objetivo era encontrar las historias.

Sin importar dónde me diera el barro espeso, entré en muchas moradas. En algunas había motos partidas a la mitad, en otras era fácil tropezar con troncos de árboles en plena sala.

La gente me miraba y bastaba con eso para saber que querían hablar y desahogar su impotencia contra la naturaleza, pero también agradecer al Todopoderoso estar vivos.

Encontré el relato de una familia que lo perdió todo en el desastre natural de Mocoa, el primero de abril de 2017, pero –por si fuera poco- fue perseguida por el infortunio y repitió tragedia, en la avalancha de Corinto. Con ellos entendí que siempre hay algo más allá: me atendieron amablemente a pesar del panorama y luego depositaron en mí los sentimientos que llevaban guardados siete meses.

“Es una cosa de no creer; en este año, dos tragedias muy similares han golpeado a esta familia; gracias a Dios, en ninguna de las dos hubo muertos. Mis allegados la sufrieron en abril en Mocoa y yo los recibí en mi casa, ahora me tocó a mí junto con ellos”, contó Alirio Melo, quien es oriundo del Putumayo.

Cerca de allí, una señora lloró en medio del relato, yo aguantaba los impulsos de mis lágrimas, que pretendían desfilar por mis mejillas. Seguí caminando, me caí, me embarré, me levanté, mientras me distraía con los esfuerzos para sacar grandes objetos del lodo, que si no fuera por el esfuerzo pasarían inadvertidas en ese torrente lodoso.

“La tristeza es mucha. Yo estaba construyendo el segundo piso de mi casa y la avalancha se llevó todos los materiales, también dejó el primer piso sumido en el lodo; a falta de uno perdí los dos”, me dijo Gabriel, otro de los damnificados.

Mi valentía me impulsó para caminar varios metros hacia arriba entre el caudal del río. En algunos puntos me sentí solo, con piedras que doblaban en tamaño mis 1,81 metros de altura, y ni hablar de su ancho. El agua ya estaba calmada; yo no, pero la curiosidad me guiaba.

Sobre el cauce encontré una casa ubicada en un improvisado islote, que dirigía el caudal del río hacia la derecha (de norte a sur). Hablé con sus propietarios, quienes trataban de sacar lo poco que les quedaba.

“Esta casa tenía un antejardín y un predio verde, bien bonito. El río pasaba por la izquierda, bien pegadito al casco urbano, pero quedó a la derecha”, explicó uno de sus propietarios.

Ya no había patio, ni predios verdes, ahora los vecinos más cercanos son enormes piedras y un barro oscuro marcado para siempre. Esa casa, que dividió el caudal del río e impidió que materiales más pesados entraran al casco urbano, merecía una historia aparte. En total, escribí cuatro artículos (de ellos, tres crónicas), dos para la edición digital del periódico y dos para el impreso.

Hacia las 2:00 p.m. de ese miércoles di por concluido mi trabajo: había hablado con los afectados y, por protocolo, con el alcalde de Corinto, el gobernador del Cauca y hasta con el presidente de la República. En las esquinas me senté a escribir en mi celular para enviar mis reportes y en otros momentos me quedé parado, analizando la dimensión de lo ocurrido, tratando de entender todo lo vivido en tan pocas horas.

Introduje mis botas una vez más en el lodo. Caminé con dificultad hasta el vehículo que nos traería de vuelta a Cali. Conmigo partió, de las calles de Corinto, una honda tristeza. Volverla relato era el siguiente reto.

Crónica

“NO SOLO VI LA TRAGEDIA DE FRENTE SINO TAMBIÉN LA SOLIDARIDAD”: MARIO LINCE

Por: Mario Lince

@MarioALince

Dos días fueron suficientes para que Mario Lince se enfrentara a su primer cubrimiento sobre desastres naturales; quién iba pensar que después de cuatro años cubriendo las noticias del Valle del Cauca esta sea hoy su experiencia inolvidable. Así relató a Utópicos su experiencia:

El miércoles que llegué al municipio de Corinto, a las 4 de la mañana, fue toda una zozobra, una experiencia que nunca había cubierto: un desastre natural.

La primera sensación fue de desolación, confusión y desesperación, había una gran diferencia entre las cifras que manejaban las autoridades y lo que decía la gente. Estaba comenzando el barrido de todo, para poder determinar realmente qué había pasado en las veredas y en los cuatro barrios que fueron arrasados por la avalancha del río La Paila.

Hablaban de cuatro muertos, de un difunto que fue arrastrado por la avalancha en pleno velorio; luego, de 18 desaparecidos; después, que eran 12 muertos; todo era confusión, las autoridades trataban de hacer un balance real.

Me encontré muchas historias de gente que había advertido la avalancha; ese día, en Corinto, había un sol muy picante, decían los habitantes que picaba demasiado, pero hacia la montaña había una nube negra que se alcanzaba a ver desde el parque principal y desde la iglesia de Corinto.

Josefina vive en el barrio La Playa, fue la primera a quien entrevisté. Desesperada, llorando me decía que sus hijas, desde una vereda, le habían avisado para que tomara sus documentos y saliera de su casa, porque ya iba bajando la avalancha. Ella salió, literalmente, gritando por el barrio, para que todo el mundo saliera, que porque había una avalancha. La gente le gritaba que estaba loca, que ya iban a sacar los cuchillos y los tenedores para esperar a que bajaran las vacas muertas para comérselas. Se le burlaban, le decían que estaba loca, que cómo se le ocurría.

Ella decidió salir de allí con otra vecina -que sí le creyó-, y un par de niños, la avalancha bajó y arrastró todo lo que estaba en La Playa, un sector de invasión. Por el barro, las casas de esterilla quedaron destruidas.

A Rubén, habitante de una vereda, lo arrasó la avalancha 300 metros. Como pudo, logró salir del lodo y con mucho frío, casi desnudo, sólo con una pantaloneta que las aguas le dejaron, se subió a un árbol y ahí se resguardó por una hora, hasta que lo encontraron.

El lodo alcanzó una altura de 1.50 metros en muchas viviendas y en una de ellas me encontré a un hombre apodado 'El mellizo', que por evitar que inescrupulosos se llevaran las tejas de zinc de su casa, decidió dormir (en la cama que no se había mojado) en medio de las aguas estancadas y el lodo, para proteger lo único que le quedaba.

El rostro de la tragedia

La familia de María Fernanda Usnas es el rostro vivo de la tragedia. Ella vivía en la vereda Cañaverales con su hijo de 40 días de nacido; ambos fueron arrastrados por la avalancha, a su bebé lo encontraron en el sector de Hormiguero y a ella unos metros más adelante, en el río La Paila. Los dos, lamentablemente, fallecieron.

Haber encontrado a la mamá de esta muchacha enfrentando la realidad de no tener casa -ya no tenía su hija ni a su nieto- fue algo muy duro, el rostro de la desolación, de la desesperación de una familia, que se quedó sin absolutamente nada.

El segundo día

La desesperación estaba ahí pero había una mezcla de solidaridad y de indolencia; por un lado, en las calles de los barrios La Playa y La Esmeralda, los habitantes reunieron lo poco que les quedó de alimento, lo poco que podían comprar en algunas tiendas, porque el comercio, a pesar de la situación, siguió activo. Comenzaron a hacer desayunos y almuerzos comunitarios, ¿qué almuerzo se hacía? lo que más rendía era sancocho, con algún hueso, y arroz. De desayuno, un pedazo de pan, huevos pericos y arroz.

El arroz, así fuera una porción mínima, saciaba el hambre de los niños y los adultos. Por las calles de Corinto comenzó a verse gente con ollas –les llaman fondos- llenas de sancocho, hecho en leña porque no hay gas domiciliario, con el agua que se comenzó a distribuir en carrotanques, porque la bocatoma también quedó destruida.

Pero también estaba la indolencia; gente aprovechada que llegaba en las noches o en cualquier momento a las casas que sobrevivieron a esta avalancha y se llevaba lo poco que no se había destruido, como le pasó a John Jairo Ramírez, un hombre que fue arrastrado por la avalancha y quedó herido, siendo trasladado a un hospital. Al regresar a Corinto, emprendió la búsqueda de su esposa, Claudia, quien sigue desaparecida.

Cuando llegó a lo que era su casa, en el barrio La Playa, se encontró con la desagradable sorpresa de ver que lo poco que había logrado salvar, nevera, televisor y hasta algunas prendas de ropa,

los inescrupulosos se lo llevaron. Ahora, este hombre, cuya huella física se manifiesta en la cara raspada, recorre la zona buscando a su esposa, vistiendo las prendas de ropa que le regalaron y sin absolutamente nada en su vivienda.

Muchos otros habitantes denunciaron el robo de sus objetos personales. Lo que no se llevó la avalancha se lo llevó la delincuencia, se lo llevó la indolencia. Habían ido a dormir al Coliseo, confiando en que en sus casas no iba a pasar nada porque ¿quién se iba a meter a un lugar donde aún el lodo llegaba hasta las rodillas?, pero para los ladrones, no fue impedimento para llevarse sus pertenencias.

Ahora, reina la zozobra. Muchos quedaron en la nada y ahora temen lo que va a pasar después de esto, porque trabajaban como carretilleros, el que no cortaba caña sacaba hojas de coca, y ahora no saben cómo volver a empezar.

Además, la gente ya miraba dónde iban a volver a pasar la noche, teniendo en cuenta que sus casas habían quedado averiadas o destruidas.

Para mí, como periodista, fue una experiencia enriquecedora, porque vi que en esos momentos tan difíciles, la solidaridad y la esperanza por vivir son más fuertes que la tragedia, son más las personas que buscan dar una mano y ayudar que las que quieren hacer daño.